

JORGE OTEIZA

Escultor del vacío

Una vez pasados los actos de conmemoración del centenario del nacimiento del artista guipuzcoano -no exento de ciertas polémicas como todo lo que al genial creador le rodeaba- tratamos de acercarnos a su figura a sabiendas de lo complicado que es definir a alguien de su talla; escultor, poeta, filósofo, arquitecto, cineasta... además de personaje polémico, mediático y agitador tanto cultural como de conciencias.

No es fácil acercarse a la figura y a la obra, grandiosas ambas, de un personaje como Jorge Oteiza sin sentir cierta impotencia cuando el objetivo es tratar de glorificar lo que su paso por este mundo supuso en la creación artística del pasado siglo XX. Quizás su legado, su ideario, sus poemas, dibujos y esculturas necesiten varias generaciones para ser analizados, investigados, para poder desentrañar, al menos en parte, todo lo que significó para el mundo del arte.

Es por ello que este intento de acercamiento a su trabajo por medio de estas breves líneas pueda pecar de pretencioso, pero aún así trataremos de dar algunas claves sobre por qué Oteiza es considerado uno de

del resto y siempre pionero en abrir nuevos caminos dentro de cualquiera de las disciplinas artísticas que profesó.

Fue un artista que con sus reflexiones sobre la expresividad del vacío, el significado del hueco, de la desocupación de la materia, marcaría para siempre la historia, convulsa, del arte del siglo XX. Nadie mejor que él supo comprender que el vacío era también un material con el que trabajar, que al igual que la piedra o la palabra, el vacío era un ente que latía, que poseía una expresividad maleable con la que poder construir, una materia prima más en la que hacer desembocar el torrente creativo que manaba descontrolado de su mente, desbordante en muchos periodos de su vida. Quizá fuera ésta una de las razones de su carácter complicado, al tratar de buscar siempre un distanciamiento de la realidad en la que se sentía atrapado, insustancial y mediocre

Quizás su legado, su ideario, sus poemas, dibujos y esculturas necesiten varias generaciones para ser analizados, investigados, para poder desentrañar, al menos en parte, todo lo que significó para el mundo del arte

los escultores más importantes de la segunda mitad del pasado siglo y, casi sin ningún atisbo de duda, como el creador más importante que la cultura vasca ha aportado a la historia del arte.

Los adjetivos se agotan al definir a Oteiza y todos ellos dan la sensación de paisaje visitado, de palabra utilizada, de comentario redundante o de opinión ya dada. Se le ha definido como el artista vasco más importante e innovador de la historia, el mago escultor de la materia y de lo que no es materia, como aquel que hacía esculturas usando el vacío como materia prima, el genio con mal genio, siempre inmerso en peleas, disputas, conflictos -habría que matizar que todos siempre ligados a cualquier proceso creativo-; como el artista iconoclasta que nunca se plegó a lo establecido, ni a los cánones del arte predominante, ni a la clase dirigente, fuera de la ideología que fuera. En muchas ocasiones no sólo no se plegó, sino que se rebeló contra ello y por encima de todo. Creador genial, colosal, extático, siempre un paso por delante

las más de las veces, y que le recordaba de forma cruel e implacable su condición humana, siempre limitada a un escaso tiempo de existencia, demasiado corta para poder llevar a cabo todo lo que su privilegiada mente imaginaba. A buen seguro hubiera necesitado muchas más vidas para haber podido desarrollar todas sus inquietudes. A esto puede deberse ese carácter que le llevaba a aislarse, a abandonar el mundo, a mostrarse malhumorado y contrariado ante los demás, quizás buscando refugiarse en esa materia prima que era el vacío y que nadie como él comprendió.

Oteiza encontró en la escultura su principal vía de expresión, pero su labor se extendió a prácticamente todas las disciplinas artísticas, desde la pintura hasta la poesía, pasando por la arquitectura, la antropología e incluso el cine. Puede que todas ellas quedaran eclipsadas por la potencia con la que se erigió en líder en la creación escultórica de su tiempo, pero a buen seguro cualquiera de las aportaciones que hizo en los demás campos serían suficientes para que su nombre perdu-

rara en las siguientes generaciones.

Multitud de libros, tesis y artículos, conferencias y debates se siguen produciendo en torno a Jorge Oteiza y su obra, tanto intentando dar una imagen global de su obra -no siempre con muy buenos resultados, pues reducir a un único libro su legado es ardua tarea-, como profundizando en una mínima parte de su producción, entresacando todos los matices que cada trazo de sus dibujos, cada golpe de tallado, cada palabra de cualquiera de sus escritos esconde y expresa.

Todo esto hace que el artista, a pesar de haber fallecido hace cinco años, siga de plena actualidad. Es posible que la fascinación que provoca en cualquier aficionado, estudioso o espectador en general, no sea digerida hasta al menos la próxima generación, cuando su trabajo se vea desde la distancia temporal, pero enmarcado en la época en la que fue generado. Quizá alcance así la categoría de histórico, de clásico. Es posible que entonces se le pueda considerar como el mejor exponente que el arte dio en esos años. [Texto de David Tijero Osorio.](#)

Nadie mejor que él supo comprender que el vacío era también un material con el que trabajar; que al igual que la piedra o la palabra, el vacío era un ente que latía, que poseía una expresividad con la que poder construir.

